

tía, la admiración y la fraterna amistad. De todo ello encontrará el lector abundantes muestras en este insólito volumen.

Manuel PEDRO GONZÁLEZ.

*University of California. Los Angeles.*  
*Revista Iberoamericana.* Volumen XV.

Enero de 1950, Número 30,  
pp. 300-301-302.

### ALFONSO REYES

Cuando Alfonso Reyes publicó su primer libro en 1911 estaba ya definitivamente formado. Tenía veintiún años —había nacido en la ciudad norteña de Monterrey el 17 de mayo de 1889— y no había salido de México. Aquel libro, titulado *Cuestiones estéticas*, reveló al mundo de habla española a un joven autor mexicano que fué mirado ya desde entonces como un maestro —caso semejante al de aquel joven uruguayo de la generación anterior, José Enrique Rodó, que desde sus primeros escritos fué llamado el maestro de la juventud americana. La madurez precoz de Alfonso Reyes, la amplitud y profundidad de su cultura, la seguridad de su estilo claro y complejo se debían por completo a su formación mexicana. Es importante notar esto para entender la originalidad y significación de este escritor que hoy, después de cuarenta años de constante y copiosa labor literaria, se nos aparece como el más universal de los escritores de lengua castellana, quizás como el más logrado ejemplo en cualquier literatura de ciudadano del mundo internacional de las letras antiguas y modernas.

Se suele mirar superficialmente a México como un país cerrado, impenetrable y extraño, cuyo carácter atrae como algo ajeno a la civilización occidental europea. ¿Cómo es posible entonces que un puro mexicano como Reyes haya podido vivir la mayor parte de su vida en España y Francia, y en las ciudades más cosmopolitas de América como Buenos Aires y Río de Janeiro, y que en todas partes haya sido mirado y admirado como un ejemplar humano que encarnaba en grado excelso las cualidades más altas y difíciles de la civilización europea?

Muchos mexicanos recalcitrantes o miopes se hicieron esta pregunta ante el éxito personal de Reyes y su obra en otras latitudes, y llegaron a tacharle de extranjerizante y descastado. La verdad es que la raíz del cosmopolitismo de Reyes hay que buscarla en Mé-

xico, y que su mexicanismo esencial y puro le acompañó siempre y en todas partes y prestó a su persona y a su obra esa calidad superior que los extranjeros apreciaban.

Cuando Reyes se formó en México en los últimos años del régimen de Porfirio Díaz, había en las clases altas un hervor de ideas y tendencias nuevas inspiradas por las instituciones educativas creadas por el liberal positivista Gabino Barreda y el mayor intérprete de la historia de México, Justo Sierra, y por la renovación de la literatura que significó en Gutiérrez Nájera y los demás poetas de la "Revista Azul" el principio del "Modernismo" en América. Reyes ha descrito en uno de sus libros, *Pasado inmediato* (1941), la manera como surgió su generación, la llamada del Centenario de la Independencia, que entre 1906 y 1910 se agrupó en revistas nuevas y en el Ateneo de la Juventud, en las vísperas de la revolución de 1910, a la que sus avances literarios, filosóficos y artísticos condujeron directa o indirectamente. Jóvenes de aquel grupo eran, además de Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos y el dominicano Pedro Henríquez Ureña, hombres también de máxima significación en México y en América. Con ellos estaba el joven pintor Diego Rivera, que iba a ir después, como Reyes, a España y Francia, y pronto aparecería entre ellos Martín Luis Guzmán, el novelista de la revolución.

No es Reyes, por lo tanto, una inexplicable excepción, sino el producto de un gran momento de actividad intelectual y literaria, uno más de la larga tradición de alta cultura que hubo siempre en México desde los días que siguieron a la conquista. Antecedentes de la alta cultura mexicana en los diversos tiempos —a la que Reyes se referirá constantemente en sus obras— son en el siglo XVI el erasmismo de Zumárraga y de Vasco de Quiroga, que organizó su diócesis de Michoacán conforme a la Utopía de Sir Thomas More; en el siglo XVII Juan Ruiz de Alarcón, mexicano formado en México, capaz de crear para España y para Francia la comedia moral moderna; una escritora como Sor Juana Inés de la Cruz, que armoniza y sintetiza, como hizo después Reyes, lo clásico y lo ba-

rruco, lo culto y lo popular, y un sabio científico e historiador como Carlos Sigüenza y Góngora, que trató de reconstruir la cultura total de México indo-hispana; y en el siglo XVIII un hombre como el jesuita Clavijero, capaz de enfrentarse, como Jefferson, con el prejuicio antiamericano dominante en Europa a través de las obras de Buffon, De Pauw, Robertson y Raynal.

Herederos y continuadores de esta larga tradición de cuatro siglos es Alfonso Reyes en el siglo XX. Sobre el fondo de la realidad inestable, compleja y contradictoria de México, él, como sus antepasados, ha sabido mantener el hilo de la unidad y la luz partiendo de su mexicanismo imperturbable hacia todos los puntos del horizonte en el tiempo y en el espacio. El, con su gracia peculiar, ha visto la unidad esencial de México en la *x* de su nombre, que los mexicanos se obstinan en escribir aunque la pronuncian como *j* igual que los demás hispanohablantes. Esa *x*, esa incógnita que es México, queda resuelta cuando Reyes dice de ella con amor: "¡Oh, *x* mía, minúscula en tí misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!".

No nos extrañe, pues, ver a Reyes, el mexicano, en sus andanzas fuera de su patria, sintiéndose en todas partes como en casa propia, sin dejar de ser él mismo. El, como la *x* de México, es un punto de cruce de todas las culturas, que en su espíritu se juntan y se separan al mismo tiempo, adquiriendo nueva luz y sentido. Los temas desarrollados a través de su obra en muchas formas diversas estaban ya contenidos en su primer libro, y en las poesías y ensayos que escribió antes de salir de México.

Allí está ya la base clásica, heredera del humanismo mexicano con modernidad filológica y estética, en su estudio sobre las Electras del teatro griego, que culmina como poesía creadora íntima y moderna en su poema dramático *Ifigenia cruel* y como exégesis y crítica en varios tratados doctrinales escritos al margen de sus trabajos universitarios en los últimos años después de su regreso definitivo a México. La manera como lo eterno griego adquiere nuevo

sentido en la obra toda de Alfonso Reyes, es bisel con su espíritu mexicano, estaría mejor ejemplificada en el título de una obra menor, la serie de sonetos *Homero en Cuernavaca*.

También está España en su ensayo crítico sobre una novelista de 1492, conocida hoy sólo de los eruditos, pero que Reyes ve como prototipo de la novela moderna, y en su primer estudio sobre la estética de Góngora, el poeta que va a ser después objeto de otros estudios definitivos de Reyes y al mismo tiempo una influencia que estará presente en su poesía y en toda la poesía moderna. Su obra de investigación e interpretación de la literatura española antigua y moderna adquirirá durante su estancia en España y después vastas proporciones y hará de él uno de sus mejores historiadores y críticos en el doble aspecto de sabio erudito y de descubridor de valores estéticos. A través de su obra se encuentran trabajos diversos, llenos de novedad, penetración y sabiduría, sobre las cumbres de la literatura española en su larga historia, como el Cantar del Cid, el Arcipreste de Hita, Lope de Vega, Calderón, Gracián, y los modernos Azorín, Valle-Inclán, Unamuno, Ortega y tantos otros.

Al mismo tiempo está ya presente en su primera obra mexicana su iniciación precoz y decisiva en las literaturas extranjeras. Un ensayo sobre Goethe es el primero de los varios que escribirá después. Dos ensayos, uno sobre George Bernard Shaw y otro sobre Oscar Wilde, son el primer indicio de su interés constante en la literatura inglesa y norteamericana, que ejerció un influjo definitivo en la forma de ensayo en que se vació la mayor parte de su obra literaria. Y, en fin, un estudio sobre el arte literario de Mallarmé es significativo del dominio íntimo y directo que tendrá siempre de la literatura francesa, sobre todo la moderna que arranca de Mallarmé. Sobre él escribió después un librito encantador, *Mallarmé entre nosotros*, y su influencia es una de las que están más presentes en su estilo.

Además aparece ya en aquel primer libro su interés por el folclore y por la literatura mexicana. Sobre ésta ha escrito muchos

estudios dedicados a autores grandes y pequeños de su predilección, y uno de sus mejores libros de crítica, *Letras de la Nueva España*, clara, penetrante y precisa valoración de la cultura de México en la época colonial. Y a México dedicó una de sus primeras obras, *Visión de Anáhuac*, muestra bellísima del arte de Alfonso Reyes para fundir el saber histórico y la poesía al reconstruir el alba del México moderno, el momento inicial del cruzamiento del mundo europeo con la civilización azteca, que aparece ante nuestros ojos deslumbrados —como ante los de los conquistadores españoles— pura, límpida y desrealizada, como una realidad poética en la que se siente la altura de la meseta mexicana y se ven las cosas en la transparencia única de su atmósfera. No es una reconstrucción histórica en sí misma, sino la visión que resulta del cruzamiento sutil del mundo precortesiano con la mirada del hombre de fuera, del viajero de antes o de hoy que llega a “la región más transparente del aire”.

Más significativo aún que el hecho de que Reyes haya escrito algunas obras de asunto mexicano es el de que a través de toda su obra, dedicada en su mayor parte a otros temas muy alejados de México, éste aparezca constantemente como punto de referencia y comparación, y aun cuando no aparezca se le siente en el fondo de la visión que Reyes tiene de otras culturas, y en el temple y tono de su personalidad y de su estilo. Hay unidad evidente en una obra como la suya que trata de temas tan varios y que se ha expresado en las más diversas formas literarias. Escribió poesías desde su adolescencia y las sigue escribiendo en su vejez, y yo creo que en su poesía está la esencia de su obra y la realización más perfecta de su estilo. En ella se funden de manera indivisible lo clásico y lo moderno, lo culto y lo popular, lo personal y lo universal, y se dan en variedad sorprendente todas las vetas de su alma sencilla y compleja, abierta a toda emoción. Lo más personal y lo más mexicano de ella es la mezcla de gracia elegante y serena melancolía que contiene por debajo de la riqueza de lenguaje y de las reminiscencias literarias. En el ensayo ofrece su obra una variedad que va des-

de el tratado extenso, como el titulado *El deslinde*, gran ensayo en el que trata de establecer el límite entre lo que es literatura y lo que no lo es, hasta las pequeñas notas, cartas, dedicatorias, y otro material inclasificable que ha salido de su pluma al correr de la vida y que ha tenido la buena idea de reunir en libros publicados en estos últimos años. Ya antes había hecho publicaciones misceláneas, como el periódico Monterrey —recuerdo en el título de su ciudad natal— que escribía él solo durante su estancia en el Brasil para comunicarse por medio de él con sus amigos de todo el mundo. Igualmente recibíamos de España, de Francia, de Buenos Aires o de México folletos suyos lindamente impresos, distintos en el formato y en el contenido, que eran en su intención no más que un saludo lejano que mantenía vivo en nosotros el recuerdo y la amistad. El culto delicado y cariñoso de la amistad es otro rasgo mexicano que en la vida de Reyes fué una lección constante para todos los que no somos mexicanos. En el trato con él y con otros mexicanos he sentido lo que quería decir otro gran americano, el cubano Martí, cuando decía: "Tengo en México un amigo". Mucho de lo mejor que Reyes ha escrito —afortunadamente ya reunido en libros— está en esa literatura íntima escrita para los amigos y no para el público.

Sus amigos están en todos los sitios donde vivió o por donde viajó. En España, donde vivió desde 1914 hasta 1924, fué desde que llegó mirado como español, aunque él se cuidaba a todas horas de hacernos saber que era mexicano, lo cual acababa por convencernos de que había otro modo distinto y mejor de ser español. Allí se incorporó plenamente al Centro de Estudios Históricos, al Ateneo, a la prensa, a la vida editorial y literaria. Allí escribió muchos de sus mejores libros: los cuentos de *El plano oblicuo*, los ensayos reunidos bajo los títulos *Simpatías y diferencias*, *El cazador* y otros; títulos que definen bien el carácter de su originalidad literaria, para cuyo análisis necesitaríamos más espacio; los cuadros de vida española titulados *Cartones de Madrid*. Los diez años de España en la mejor edad de la vida le hicieron sin duda mucho bien,

y creo yo que el mayor bien que le hizo su descubrimiento de España fué su acercamiento a América, que va a continuar afirmándose hasta llegar a su plena conciencia cuando cerró el ciclo de sus peregrinaciones y regresó definitivamente a México en 1939. El mexicano de España se convirtió entonces en el español de México, y con amistad fidelísima acogió como director del Colegio de España —después Colegio de México— a muchos de sus antiguos amigos y a otros españoles que tuvieron que salir de su patria al terminar la guerra civil.

La etapa de su vida desde su salida de España en 1924 hasta su vuelta definitiva a México en 1939 muestra el destino oscuro y certero que hay en la vida de los hombres ejemplares, porque la línea que él sigue al parecer por motivos fortuitos viviendo sucesivamente en París, desde 1924 a 1927, en Buenos Aires, desde 1927 a 1930, en Río de Janeiro desde 1930 a 1935 —con algunas interrupciones intermedias, entre ellas varias visitas a los Estados Unidos—, es el camino y círculo completo que conduce a la conciencia y experiencia de América. Es el camino de Rubén Darío, hombre también de muchas patrias y ciudadano máximo de la América universal. Cada una de esas fases, la francesa, la argentina y la brasileña, han dejado honda huella en la obra de Reyes, y sin ellas no podría explicarse la universalidad americana, que hace de él una de las cumbres de la literatura hispanoamericana de hoy.

No es fácil conocer y apreciar todo el valor de Reyes mediante la lectura de una selección de su obra, por acertada que ésta sea. Su principal valor es de orden estético y está en cada detalle de su totalidad. Su actitud estética rehuye la afirmación rotunda y busca los medios tonos, los matices sutiles, la multiplicidad de caras que contiene cada idea o cada cosa, grande o pequeña. Se acerca a las ideas y las cosas con una mirada ondulante, inquisitiva y cariñosa, con una amplitud liberal que sólo podríamos definir con un término que no parece tener relación ni con la filosofía ni con la estética, pero que sí tiene especial significación mexicana: cortesía. Cortesía con las cosas y con las ideas, cuidado escrupuloso en el

trato con ellas, medida en el elogio, gracia en la negación, y siempre bondad, una bondad estética que consiste en comprenderlo todo. Así es como Reyes ha logrado convertir en materia poética todo lo que han visto sus ojos y su espíritu.

Federico DE ONÍS.

*Sur*, No. 186,

Buenos Aires, abril de 1950.

## JUNTA DE SOMBRAS

### I

Alfonso Reyes prosigue su vasta obra humanística. Aludo— como se ve— no al humanismo en su vieja acepción clásica, sino al neohumanismo, cuya función, sin dejar de ser filológica, centra su interés en los caminos por donde el hombre busca su ser. Nunca abandona el escritor mexicano esa inclinación suya al artículo, al ensayo breve, al trabajo suelto, como en *Simpatías y Diferencias*, para recordar un solo libro. Pero lo último que nos ha dado es de más rigor temático y de tratamiento didáctico, así *La Antigua Retórica*, donde el ensayista se torna tratadista, o en *La Crítica en la Edad Ateniense* de rigor y método semejantes. Claro que ni la severidad de esa disciplina le ahuyenta —para qué?— esos ingredientes de flexibilidad, donaire, fuga, con que sazonó siempre sus escritos, lo mismo en la *Visión de Anáhuac* que en *Visperas de España*. Quizá sea *El Deslinde*, maciza elaboración, el libro en que lo alado y no sé que leve zumba sutil desaparezcán casi por entero, como ello no sea mero efecto de una lectura densa, que nos inmuniza contra toda ondulación del humor.

Ahora publica *Junta de Sombras*, en edición esmerada de El Colegio Nacional. El libro, de unas cuatrocientas páginas, lleva como subtítulo *Estudios helénicos*. Véase cómo conviven, desde la primera impresión que nos da la obra, lo ensayístico y lo didáctico. El subtítulo parece decir al lector en voz baja: “Esto es serio, riguroso, no obstante lo de la *Junta*...” Pero a la vez el título, luce preeminente, parece advertirnos: “No se dejen convencer por lo de *Estudios*...” Aquí palpita Grecia con la gracia de su libertad, que es como debe palpar, y no encasillada en capítulos de un ascetismo académico... Yo, al menos, creí sorprender esas aclaraciones en una desavenencia entre el título mayor y su aparente subalterno.